

# Desde Baracoa

MARISA LÓPEZ DIZ

PRIMER PREMIO V CERTAMEN DE RELATOS CORTOS “Villa de Cuéllar. 2012

Volveré a mi tierra. Volveré. Pondré mi frente entre sus manos. El calor del surco entrará en mis ojos hasta el alma. No rehusaré su calle ni su puerta. No rogaré que me ame, porque su corazón me ha esperado por años y nieblas.

**José Luis Villatoro**

Baracoa, 16 de abril de 1545

Yo conocí al conquistador Diego Velázquez a su llegada a la isla y si alguien dudara de esta historia daré cumplida cuenta del encuentro.

A principios de noviembre del año 1511 llegó Diego Velázquez de Cuéllar a estas tierras, llenándolo todo con su arrojo y bravura, fornido de porte, rubio como nunca habíamos visto a hombre alguno, tal parecía que de oro fueran bruñidos sus cabellos. Muchos meses pasaron antes de que los dos nos encontráramos, pues se hallaba él conquistando estos inhóspitos lugares y dándoles nuevo nombre, cristiano por más señas. Ni tiempo tenía para otros menesteres, pues era hombre de bien y honrado de alma y hechos.

Quién soy yo a nadie ha de importarle, pues no nací en cuna noble y carezco de hidalguía y abolengo. Soy sólo la mujer que le amó y la que fue instruida por tan digno segoviano. Me enseñó a rezar a su dios, el dios de los cristianos, aunque yo nunca abandoné a los míos (a ellos les pido cada día que le protejan de las tinieblas y el tormento). En vuestra lengua me expreso, tal como él me enseñó con dedicación y paciencia, que para algunas cosas malas son las premuras y las prisas.

Si dudas hubiere sobre este testimonio, sabed que no de mí, sino del mismo Diego Velázquez dudaríais, pues en mi poder obran documentos y epístolas que demuestran que conmigo compartió no sólo cuitas y pesares, sino también confesiones y dichas. Estos son algunos de los extractos de sus diarios antes de arribar a Baracoa:

*“He pasado otra noche envuelto en pesadillas y delirios y me ha despertado el azaroso sonido de la lluvia igual que un graznido seco golpeando el amanecer. Busqué consuelo entre el calor de las frazadas, mas sé que he de acostumbrar esta alma mía al frío y a la orfandad de regocijos y tibiezas. Dispuesto tengo todo para encontrarme cara a cara con tierras tan lejanas. Aquí dejo mi casa y un recuerdo febril que, ruego a Dios, no me atormente. Con cuatro naos y trescientos hombres ¿qué he de temer sino la imprevista arremetida de alguna tempestad?”*

He conocido al conquistador, al pacificador, al insigne español... al hombre, aunque sentí el desprecio de muchos, españoles e indígenas. Para unos sólo fui un juego exótico en manos de Velázquez,

solaz y entretenimiento censurable; para otros, una traidora con mi pueblo a la que no le importó la humillación ni la muerte. Yo tan sólo era una mujer enamorada. Ni las encarnizadas burlas ni el desprecio más profundo mitigaron el amor que por él sentía. Tampoco el injusto paso de los años ni la voraz mordida del tiempo lograron arrancar de mí el recuerdo hacia el hombre que me enseñó la ilustre lengua de los conquistadores.

A las órdenes de Diego Colón, el hijo del que aquí llaman Almirante, llegó el de Cuéllar a estas tierras, tras largo tiempo a bordo de sus naves, cosa que no era para él desconocida, pues no era la primera vez que pisaba tierra caliente, como él la llamaba, la tierra más hermosa que ojos algunos vieran. Otros españoles le acompañaban en su marítima andadura, aunque era él quien comandaba.

*“A punto estoy de partir e internarme en el vientre húmedo e inhóspito del océano y siento un vértigo poderoso que me turba, sumiéndome en una extraña vigilia que debilita este cuerpo mío tan dadivoso en carnes. ¿Cómo serán, por ventura, las noches esta vez al otro lado del océano? Desde que partí con el Almirante en su segundo viaje rumbo a Las Indias no he podido borrar de mi memoria ni el olor ni los extraños cánticos de aquellas tierras salvajes y poco cristianas. Con asombro he relatado las costumbres de los nativos a mi llegada a España y con más asombro aún han sido escuchadas y largamente comentadas, como aquella del jigüe.<sup>1</sup> Temo que por loco y hereje me tomen, pues es raro oír historias tan extraordinarias de boca de un buen cristiano como yo, mas sé que la prudencia y el buen juicio me ayudarán a convencer de la veracidad de mis palabras.”*

Menester es que diga que era recio en andares y pensamiento, decidido en hechos y palabras; orgulloso, tenaz y buen amante, que de esto no dan cuenta los libros ni las crónicas. En todas partes se escuchaba su nombre, muchas fueron sus hazañas, no pocas sus conquistas, mas nadie supo de mí, su secreto más celosamente guardado que con él se fue a la tumba.

Yo lo respeté mientras vivió porque ¿quién era yo para mancillar el respetable nombre de Diego Velázquez de Cuéllar? Pecado era a los ojos del Dios de los cristianos mantener trato carnal con las mujeres nativas de estas tierras, que así lo dijo el fraile encomendero que con ellos viajaba, hombre de

---

1 Fantasma con forma de enano de piel oscura que habita en los ríos y cuya aparición causa temor

bondadoso corazón y justo proceder que, a la sazón, defendió con afán a estos indígenas librándolos en muchas ocasiones del escarnio y la muerte.

Su secreto fui, mas no por ello soy culpable, que también la lealtad puede crecer lejos del sol y en medio de las sombras. Le amé, sabedlo, lo confieso. En los rincones de mi alma quedó su verbo claro abrasándome por dentro las entrañas, igual que el fuego que devoró a Hatuey por su mandato.

También Diego me amó, de sus labios lo escuché y de su puño y letra salieron tan hermosas palabras cuando se hallaba lejos: *“Mi Totí<sup>2</sup> adorado, no deseo más que llegar a Baracoa y abrazarte, que tu cuerpo moreno y hermosura son para mí el descanso más ansiado y mis huesos no sueñan otra cosa que regresar enamorados a tu lado, de donde nunca me fui. Tuyo. Diego Velázquez.”*

Diecinueve años me separaban de él, pero eso jamás fue impedimento, pues de nada sirven la sensatez y la prudencia cuando es el corazón la única codicia que nos guía. Entré a su servicio para poner doméstico orden en su hacienda, mas quién habría de decir que acabaría por desgovernar su alma por completo sin ni siquiera pretenderlo. El año 1522 corría cuando empezaron a circular en la isla rumores de que iba a desposarse con la hija del contador Cristóbal de Cuéllar. Aseguraban algunos que medio prima suya, para otros era sólo aquel un matrimonio de conveniencia.

La noticia cayó sobre mí como la pesada sombra del caguairán<sup>3</sup>, llenándome de tristeza y pesadumbre. ¿Quién era aquella que le había robado el corazón al hombre que yo amaba? La noche de bodas sentí el quejido del colchón bajo sus cuerpos, mas nada dije, pues yo era tan sólo la india que se encargaba de organizar la hacienda. ¿Pero quién era yo para Diego Velázquez? La respuesta hallé en una carta que él mismo me entregó antes de partir a uno de sus viajes:

*“Mi bella india, te ruego sepas perdonarme y que entiendas las razones que me llevaron a tomar decisión tan dolorosa. No pienses que fuiste para mí sólo un capricho, pues te amé como a nadie y, créeme, aún te amo, mas sabes bien que nuestra unión jamás será bien vista a los ojos de Dios ni de cristiano alguno. Espero que comprendas que a veces el destino de un hombre no está en el lugar en el que se halla su corazón. No me juzgues desde el reproche ni el rencor, sino desde el profundo amor que a*

---

2 Pájaro pequeño y negro muy común en la campiña cubana

3 Árbol de madera muy valiosa de color rojizo y de dureza extraordinaria que puede alcanzar más de 10 metros de alto

*ti me une. Tuyo siempre. Diego Velázquez”.*

Y comprendí. Comprendí cuál era mi lugar. El de ella en su lecho, el mío en su corazón. Pero le amaba tanto que con eso me bastaba. Y de nuevo un revés de la fortuna torció su destino para unirlo al mío sin remedio, pues si de domingo era casado, al sábado siguiente en estado de viudez se hallaba, que muchas veces las dichas enturbian y oscurecen nuestras vidas. Ni tiempo tuvo la desgraciada de darle un hijo.

Decían algunos que el de Cuéllar volvería a casarse de nuevo con una de las sobrinas del obispo Juan Rodríguez de Fonseca, mas nunca lo hizo. Jamás volvió al altar ni tampoco a España, que aquí se quedó en Baracoa, a mi lado, al lado de la mujer que siempre quiso.

Jamás le traicioné, magar que asechanzas y engaños no faltaron, pues por todos es sabido la innoble alevosía de aquel que llamaban Cortés, el que un día fuera su secretario. Y aunque Diego Velázquez intentó frenar su codicia y rebeldía, de nada sirvieron sus empeños, que fue el traidor el que le arrebató al de Cuéllar su fama merecida. Y así, envuelto en tanta desazón y desventura, le sorprendió la muerte una noche de junio de 1524.

Se fue cuando ya se había acostumbrado al pan *casabe*<sup>4</sup> y a la *arepa*<sup>5</sup>, al *fufú*<sup>6</sup> y al *quimbombó*<sup>7</sup>. Su alma reposa ya por siempre bajo la sombra del mamey y de las ceibas. Veintiún años han pasado desde que se fue y ni un sólo día transcurre sin que recuerde sus palabras y le añore:

*“Mi Totí adorado, no deseo más que llegar a Baracoa y abrazarte, que tu cuerpo moreno y hermosura son para mí el descanso más ansiado y mis huesos no sueñan otra cosa que regresar enamorados a tu lado, de donde nunca me fui. Tuyo. Diego Velázquez.”*

---

4 Pan ácimo, delgado y circular, hecho de harina de yuca

5 Especie de torta de maíz

6 Especie de puré de plátano macho mezclado con chicharrones de puerco

7 Vegetal de color verde y de forma alargada que se utiliza básicamente para espesar los guisos